

BIBLIOTECA ECONOMICA



NUMERO 37

AMICIS

FILIGRANAS



SE PUBLICAN TRES VOLUMENES POR MES



EDITOR, FRANCISCO A. GAMBOA

SAN SALVADOR — CENTRO-AMÉRICA

Octubre 30 de 1899.

EDICION DE 2,000 EJEMPLARES IMPRENTA AMERICANA

BIBLIOTECA ECONOMICA

36 volúmenes publicados, que contienen :

TOMO I.

- 1º. "El primer beso," por J. Antonio Delgado; "Tapaligui," por Ricardo Fernández Guardia; "Palimpsestos," por Rubén Darío; "Amor ideal," por E. Gómez Carrillo; "Ondina," por Ramón Rosa.
- 2º. "Florilegio," (colección de pensamientos de autores ilustres.)
- 3º. "En las aguas de Abano," novela por Emilio Souvestre; "El Chapín," "El Guaraco," (cuadros de costumbres) y "El Almanaque," por José Milla.
- 4º. "La Garza," "Las tardes de abril," "A mi gallo," (poesías,) por Juan Diéguez; "Fragmentos descriptivos" de los poemas de Batres Montúfar; "San Juan," "La Rosa," "Yo pienso en tí," por el mismo.
- 5º. "Victor Hugo," por Emilio Zola; "VWaterloo," por Víctor Hugo.
- 6º. "VWaterloo," (conclusión,) por Víctor Hugo; "La tela invisible," por Hans Christian Anderson, y "En familia.....yankee," por Heinrich Urban.
- 7º. "Poesías," de Calixto Velado.
- 8º. "Edgar Poe," por Carlos Audelaire; "Ligeia," por Edgar Poe.
- 9º. "Cuatro palabras con una momia," "El Gato Negro," "La barrica de Amontillado," "El cuervo," por Edgar Poe.
- 10º. "José Cecilio del Valle," por Rómulo E. Durón; "Acta de independencia," "El sabio," "Los maestros," "El campo," "Elogio fúnebre del p. Goicoechea," por José Cecilio del Valle; "Valle, juzgado por Barrundia".

TOMO II.

- 11º. "Cuentos populares," por don Antonio de Trueba.
- 12º. "Poesías," de Vicente Acosta.
- 13º. "Dos idilios," por Ludovico Halévy.
- 14º. "Dos idilios," (conclusión,) por Halévy; "La moral del matrimonio," por VV. S. Lilly; "Quién tiene la culpa?," por Amelia E. Barr y Rosa Terry Cooke.
- 15º. "El Crimen de Julieta," por Charles Corbin.
- 16º. "El Crimen de Julieta" (Conclusión), por Charles Corbin; "Elogio fúnebre de Fr. Matías Córdoba," por José Milla; "La tentativa del león y el éxito de su empresa," por Fr. Matías Córdoba.
- 17º. y 18º. "Efemérides Centro-americanas," por Alejandro Marure.
- 19º. "Tradiciones," por Ricardo Palma.
- 20º. "Poesías" de Salvador Díaz Mirón.

TOMO III.

- 21º. "Tres héroes," por Juan Montalvo.
- 22º. "Lohengrin," por Ricardo Wagner.
- 23º. "Páginas alegres," por Luis Taboada.
- 24º. y 25º. "Cyrano de Bergerac," por Edmundo Rostand.

FILIGRANAS

POR

EDMUNDO DE AMICIS

NOTAS EDITORIALES

Los primorosos cuentos de AMICIS que hoy publica la *Biblioteca Económica*, constituyen la parte más amena é interesante de su delicioso libro *Cuore, ó Diario de un niño*, una de las más aplaudidas obras modernas, traducida á varios idiomas y de la cual se han hecho en Italia cuarenticuatro ediciones.

El fecundo escritor italiano es bien conocido como artista delicado, que con mano habilísima sabe trazar en cada una de sus encantadores narraciones otras tantas "pequeñas obras maestras", como decía Sainte-Beuve refiriéndose á las novelas cortas de Diderot.

El insigne autor de *Los Amigos* se halla ahora en la plenitud de su vigor intelectual, dando al mundo, en labor incesante, los apetecidos frutos de su ingenio, que ilustran su nombre y glorifican á su amada Italia.

EL PEQUEÑO PATRIOTA PADUANO

No seré un soldado cobarde, no; pero iría con más gusto á la escuela si el maestro nos refiriese todos los días un cuento como el de esta mañana. Todos los meses, dice, nos contará uno, nos lo dará escrito y será siempre el relato de una acción buena y verdadera, llevada á cabo por un niño. *El pequeño patriota paduano* se llama el de hoy. Hélo aquí:—Un naviero francés partió de Barcelona, ciudad de España, para Génova, llevando á bordo franceses, italianos, españoles y suizos. Ha-

bía, entre otros, un chico de once años, solo, mal vestido, que estaba siempre aislado, como animal salvaje, mirando á todos de reojo. Y tenía razón para mirar á todos así. Hacía dos años que su padre y su madre, labradores de los alrededores de Padua, le habían vendido al jefe de cierta compañía de titiriteros, el cual, después de haberle enseñado á hacer varios juegos á fuerza de puñetazos, patadas y ayunos, le había llevado á través de Francia y España, pegándole siempre y no quitándole nunca el hambre. Llegado á Barcelona y no pudiendo soportar ya los golpes y el ayuno, reducido á un estado que inspiraba lástima, se escapó de su carcelero y corrió á pedir protección al cónsul de Italia, el cual, compadecido, le había embarcado en aquel bajel, dándole una carta para el alcalde de Génova, que debía enviarlo á sus padres, á los padres que lo habían vendido como vil bestia. El pobre muchacho estaba lacerado y enfermucho. Le habían dado billete de segunda clase. Todos le miraban, algunos le preguntaban; pero él no respondía, y parecía que odiaba á todos: ¡tanto le habían irritado y entristecido las privaciones y los golpes! Al fin tres viajeros, á fuerza de insistencia en sus preguntas, consiguieron hacerle hablar, y en pocas palabras, toscamente dichas, mezcla de español, de francés y de italiano, les contó su historia. No eran italianos aquellos tres viajeros; pero le comprendieron, y parte por compasión, parte por excitación del vino, le dieron algunos cuartos, instándole para que contase más. Habiendo entrado en la cámara en aquel momento algunas señoras, los tres, por darse tono, le dieron aún más dinero, gritando:—¡Toma, toma más!—y hacían sonar las monedas sobre la mesa. El muchacho las cogió todas, dando las gracias á media voz, con aire malhumorado, pero con una mirada, por primera vez en su vida,

sonriente y cariñosa. Después se fue sobre cubierta y permaneció allí solo, pensando en las vicisitudes de su vida. Con aquel dinero podía tomar algún buen bocado á bordo, después de dos años que sólo se alimentaba de pan; podía comprarse una chaqueta, apenas desembarcara en Génova, después de dos años que iba vestido de andrajos, y podía también, llevando algo á su casa, tener mejor acogida del padre y de la madre que si hubiera llegado con los bolsillos vacíos. Aquel dinero era para él casi una fortuna, y en esto pensaba, consolándose, asomado á la claraboya, mientras los tres viajeros conversaban sentados á la mesa en medio de la cámara de segunda clase. Bebían y hablaban de sus viajes y de los países que habían visto, y de conversación en conversación vinieron á hablar de Italia. Empezó uno á quejarse de sus fondas; otro, de sus ferrocarriles, y, después, todos juntos, animándose, hablaron mal de todo. Uno, hubiera preferido viajar por la Laponia; otro, decía que no había encontrado en Italia más que estafadores y bandidos; el tercero, que los empleados italianos no sabían leer. — Un pueblo ignorante—decía el primero.—Sucio—añadió el segundo.—La.....—exclamó el tercero; y quiso decir ladrón, pero no pudo acabar la palabra. Una tempestad de cuartos y de medias pesetas cayó sobre sus cabezas y sobre sus espaldas, y descargó sobre la mesa y sobre el suelo con infernal ruido. Los tres se levantaron furiosos mirando hacia arriba, y aun recibieron un puñado de cuartos en la cara.—Recobrad vuestro dinero —dijo con desprecio el muchacho, asomado á la claraboya—; yo no acepto limosna de quienes insultan á mi patria.

EL CARBONERO Y EL SEÑOR

No hubiera dicho nunca Garrón, seguramente, lo que dijo Carlos Nobis á Beti. Carlos es muy orgulloso, porque su padre es un gran señor: un señor alto, con barda negra, muy serio, que va casi todos los días para acompañar á su hijo. Ayer por la mañana Nobis se peleó con Beti, uno de los más pequeños, hijo de un carbonero, y no sabiendo ya qué replicarle porque no tenía razón, le dijo alto: — Tu padre es un andrajoso. — Beti se puso muy encarnado y no dijo nada; pero se le saltaron las lágrimas, y cuando fue á su casa se lo contó á su padre, y el carbonero, hombre pequeño y muy negro, fue á la lección de la tarde con el muchacho de la mano, á dar las quejas al maestro. Mientras las daba, y como todos estábamos callados, el padre de Nobis, que le estaba quitando la capa á su hijo, como acostumbra, desde el umbral de la puerta oyó pronunciar su nombre y entró á pedir explicaciones.

—Es este señor —respondió el maestro — que ha venido á quejarse porque su hijo de usted, Carlos, dijo á su niño: — “Tu padre es un andrajoso.”

El padre de Nobis arrugó la frente y se puso algo encarnado. Después preguntó á su hijo: — ¿Has dicho esa palabra?

El hijo, de pie en medio de la escuela, con la cabeza baja delante del pequeño Beti, no respondió. Entonces el padre lo agarró de un brazo, lo hizo avanzar más enfrente de Beti, hasta el punto de que casi se tocaban, y le dijo: — Pídele perdón.

El carbonero quiso interponerse, diciendo: — No, no, — pero el señor no lo consintió, y volvió á decir á su hijo: — Pídele perdón. Repite mis palabras: “Yo te pido perdón de la palabra injuriosa, insensata, innoble, que dije contra tu padre, al cual

el mío tiene mucho honor en estrechar su mano."

El carbonero hizo ademán resuelto de decir: —No quiero. — El señor no lo consintió, y su hijo dijo lentamente, con voz cortada, sin alzar los ojos del suelo: — ¡Yo te pido perdón.....de la palabra injuriosa,.....insensata,.....innoble, que dije contra tu padre, al cual el mío.....tiene en mucho honor estrechar su mano!

Entonces el señor dio la mano al carbonero, que se la estrechó con fuerza, y después, de un empujón repentino, echó á su hijo entre los brazos de Carlos Nobis.—Hágame el favor de ponerlos juntos — dijo el caballero al maestro. Este puso á Beti en el banco de Nobis. Cuando estuvieron en su sitio, el padre de Carlos saludó y salió.

El carbonero se quedó un momento pensativo, mirando á los dos muchachos reunidos; después se acercó al banco y miró á Nobis con expresión de cariño y de remordimiento, como si quisiera decirle algo, pero no dijo nada; alargó la mano para hacerle una caricia, pero tampoco se atrevió, contentándose con tocarle la frente con sus toscos dedos. Después se acercó á la puerta, y, volviéndose aún una vez más para mirarlo, desapareció.—Acordaos bien de lo que habéis visto—dijo el maestro;—esta es la mejor lección del año.

EL PEQUEÑO VIGÍA LOMBARDO

En 1859, durante la guerra por el rescate de Lombardía, pocos días después de la batalla de Solferino y San Martino, ganada por los franceses y los italianos contra los austriacos, en una hermosa mañana del mes de Junio, una sección de caballería de Saluzo iba, á paso lento, por estrecha senda solitaria hacia el enemigo, explorando el

campo atentamente. Mandaban la sección un oficial y un sargento, y todos miraban á lo lejos delante de sí, con los ojos fijos, silenciosos, preparándose para ver blanquear á cada momento, entre los árboles, las divisiones de las avanzadas enemigas. Llegaron así á cierta casita rústica, rodeada de fresnos, delante de la cual sólo había un muchacho como de doce años, que descortezaba gruesa rama con un cuchillo para proporcionarse un bastón; en una de las ventanas de la casa tremolaba al viento la bandera tricolor; dentro no había nadie: los aldeanos, izada su bandera, habían escapado por miedo á los austriacos. Apenas divisó la caballería el muchacho, tiró el bastón y se quitó la gorra. Era un hermoso niño, de aire descarado, con ojos grandes y azules, los cabellos rubios y largos; estaba en mangas de camisa y enseñaba el pecho desnudo.

—¿Qué haces aquí?—le preguntó el oficial, parando el caballo.—¿Por qué no has huído con tu familia?

—Yo no tengo familia—respondió el muchacho.—Soy expósito. Trabajo algo al servicio de todos. Me he quedado aquí para ver la guerra.

—¿Has visto pasar á los austriacos?

—No, desde hace tres días.

El oficial se quedó un poco pensativo; después se apeó del caballo, y dejando los soldados allí vueltos hacia el enemigo, entró en la casa y subió hasta el tejado: no se veía más que un pedazo de campo.—Es menester subir sobre los árboles—pensó el oficial; y bajó. Precisamente delante de la era se alzaba un fresno altísimo y flexible, cuya cumbre casi se mecía en las nubes. El oficial estuvo por momentos indeciso, mirando ya el árbol, ya á los soldados; después, de pronto, preguntó al muchacho:

—¿Tienes buena vista, chico?

—¿Yo?—respondió el muchacho.—Yo veo un gorrión, aunque esté á dos leguas.

—¿Sabrías tú subir á la cima de aquel árbol?

—¿A la cima de aquel árbol, yo? En medio minuto me subo.

—¿Y sabrás decirme lo que veas desde allí arriba, si son soldados austriacos, nubes de polvo, fusiles que relucen, caballos.....?

—De seguro que sabré.

—¿Qué quieres por prestarme este servicio?

—¿Qué quiero?—dijo el muchacho sonriendo.—Nada. ¡Vaya una cosa! Y después.....si fuera por los *alemanes*, entonces por ningún precio; ¡pero por los nuestros! ¡Si yo soy lombardo!

—Bien; súbete, pues.

—Espere que me quite los zapatos.

Se quitó el calzado, se apretó el cinturón, echó al suelo la gorra y se abrazó al tronco del fresno.

—Pero, mira....—exclamó el oficial, intentando detenerlo como sobrecogido por repentino temor.

El muchacho se volvió á mirarlo con sus hermosos ojos azules, en actitud interrogante.

—Nada—dijo el oficial;—sube.

El muchacho se encaramó como un gato.

—¡Mirad delante de vosotros!—gritó el oficial á los soldados.

En pocos momentos el muchacho estuvo en la copa del árbol, abrazado al tronco, con las piernas entre las hojas, pero con el pecho descubierto, y su rubia cabeza resplandecía con el sol pareciendo oro. El oficial apenas lo veía: tan pequeño resultaba allí arriba.

—Mira hacia el frente, y muy lejos—gritó el oficial.

El chico, para ver mejor, sacó la mano derecha, que apoyaba en el árbol, y se la puso sobre los ojos á manera de pantalla.

—¿Qué ves?—preguntó el oficial.

El muchacho inclinó la cara hacia él, y, haciendo portavoz de su mano, respondió:

—Dos hombres á caballo en lo blanco del camino.

—¿A qué distancia de aquí?

—Media legua.

—¿Se mueven?

—Están parados.

—¿Qué otra cosa ves?—preguntó el oficial, después de un instante de silencio.—Mira á la derecha.

El chico dijo:

—Cerca del cementerio, entre los árboles, hay algo que brilla; parecen bayonetas.

—¿Ves gente?

—No; estarán escondidos entre los sembrados.

En aquel momento, un silbido de bala agudísimo se sintió por el aire y fue á perderse lejos, detrás de la casa.

—¡Bájate, muchacho!—gritó el oficial.—Te han visto. No quiero saber más. Vente abajo.

—Yo no tengo miedo—respondió el chico.

—¡Baja!.....—repitió el oficial—¿Qué más ves á la izquierda?

—¿A la izquierda?

El muchacho volvió la cabeza á la izquierda. En aquel momento, otro silbido más agudo y más bajo hendió los aires. El muchacho se ocultó todo lo que pudo.—¡Vamos!—exclamó;—¡la han tomado conmigo!—La bala le había pasado muy cerca.

—¡Abajo!—gritó el oficial con energía y furioso.

—En seguida bajo—respondió el chico—; pero el árbol me resguarda; no tenga usted cuidado. ¿A la izquierda quiere usted saber?

—A la izquierda—respondió el oficial—; pero baja.

—A la izquierda—gritó el niño, dirigiendo el cuerpo hacia aquella parte—donde hay una capilla, me parece ver.....

Un tercer silbido pasó por lo alto, y en seguida se vió al muchacho venir abajo, deteniéndose un punto en el tronco y en las ramas, y precipitándose después de cabeza con los brazos abiertos.

—¡Maldición!—gritó el oficial acudiendo

El chico cayó á tierra de espaldas, y quedó tendido con los brazos abiertos, boca arriba; un arroyo de sangre le salió del pecho, á la izquierda. El sargento y dos soldados se apearon de sus caballos: el oficial se agachó y le separó la camisa; la bala le había entrado en el pulmón izquierdo.—¡Está muerto—exclamó el oficial.—¡No, vive! —replicó el sargento.—¡Ah, pobre niño, valiente muchacho!—gritó el oficial.—¡Animo, ánimo! — Pero mientras decía "ánimo" y le oprimía el pañuelo sobre la herida, el muchacho movió los ojos é inclinó la cabeza; había muerto. El oficial palideció y lo miró fijo un minuto, después le arregló la cabeza sobre la hierba, se levantó y estuvo otro instante mirándolo. También el sargento y los dos soldados, inmóviles, lo miraban; los demás estaban vueltos hacia el enemigo.

—¡Pobre muchacho!—replicó tristemente el oficial.—¡Pobre y valiente niño!

Luego se acercó á la casa, quitó de la ventana la bandera tricolor y la extendió como paño fúnebre sobre el pobre muerto, dejándole la cara descubierta. El sargento acercó al lado del muerto los zapatos, la gorra, el bastón y el cuchillo.

Permanecieron aún un rato silenciosos; después el oficial se volvió al sargento, y le dijo:—Mandaremos que lo recoja la ambulancia: ha muerto como soldado, y como soldado debemos enterrarlo.—Dicho esto, dio al muerto un beso en la frente y gritó:—¡A caballo!—Todos se aseguraron en las sillas, reunióse la sección y volvió á emprender su marcha.

Pocas horas después, el pobre muerto tuvo los honores de la guerra.

Al ponerse el sol, toda la línea de las avanzadas italianas se dirigía hacia el enemigo, y por el mismo camino que recorrió por la mañana la sección de caballería, caminaba en dos filas un bravo batallón de cazadores, el cual pocos días antes había regado valerosamente con su sangre el collado de San Martino. La noticia de la muerte del muchacho había corrido ya entre los soldados antes que dejaran sus campamentos. El camino, flanqueado por un arroyuelo, pasaba á pocos pasos de distancia de la casa. Cuando los primeros oficiales del batallón vieron el pequeño cadáver tendido al pie del fresno y cubierto con la bandera tricolor, lo saludaron con sus sables, y uno de ellos se inclinó sobre la orilla del arroyo, que estaba muy florida, arrancó las flores, y se las echó. Entonces todos los cazadores, conforme iban pasando, cortaban flores y las arrojaban al muerto. En pocos momentos el muchacho se vió cubierto de flores, y los soldados le dirigían todos sus saludos al pasar.—¡Bravo, pequeño lombardo!—¡Adiós, niño!—¡Adiós, rubio!—¡Viva!—¡Bendito sea!—¡Adiós!—Un oficial le puso su cruz roja, otro le besó en la frente, y las flores continuaban lloviendo sobre sus desnudos pies, sobre el pecho ensangrentado, sobre la rubia cabeza. Y él parecía dormido en la hierba, envuelto en la bandera, con el rostro pálido y casi sonriente, como si oyese aquellos saludos y estuviese contento de haber dado la vida por su patria.

EL PEQUEÑO ESCRIBIENTE FLORENTINO

Estaba en la cuarta clase elemental. Era un gracioso florentino de doce años, de cabellos rubios y tez blanca, hijo mayor de cierto empleado

de ferrocarriles que, teniendo mucha familia y poco sueldo, vivía con suma estrechez. Su padre lo quería mucho, y era bueno é indulgente con él; indulgente en todo menos en lo que se refería á la escuela: en esto era muy exigente y se revestía de bastante severidad, porque el hijo debía ponerse pronto en disposición de obtener otro empleo para ayudar á sostener á la familia; y para valer algo pronto, necesitaba trabajar mucho en poco tiempo; y aunque el muchacho era aplicado, el padre le exhortaba siempre á estudiar. Era ya de avanzada edad el padre, y el excesivo trabajo le había también envejecido prematuramente. Con efecto, para proveer á las necesidades de la familia, además del mucho trabajo que tenía en su destino, se buscaba á la vez aquí y allá trabajos extraordinarios de copista, y se pasaba sin descansar en su mesa buena parte de la noche. Ultimamente, de cierta casa editorial que publicaba libros y periódicos, había recibido el encargo de escribir en las fajas el nombre y la dirección de los suscriptores, y ganaba tres pesetas por cada quinientas de aquellas tirillas de papel, escritas en caracteres grandes y regulares. Pero esta tarea le cansaba, y se lamentaba de ello á menudo con la familia á la hora de comer.—Estoy perdiendo la vista—decía;—esta ocupación de noche acaba conmigo.—El hijo le dijo un día:—Papá, déjame trabajar en tu lugar; tú sabes que escribo regular, tanto como tú.—Pero el padre respondió:—No, hijo, no; tú debes estudiar; tu escuela es cosa mucho más importante que mis fajas; tendría remordimiento si te privara del estudio una hora; lo agradezco, pero no quiero; y no me hables más de ello.

El hijo sabía que con su padre era inútil insistir en aquellas cosas, y no insistió. Pero hé aquí lo que hizo. Sabía que á las doce en punto dejaba su padre de escribir y salía del despacho para la

alcoba. Alguna vez lo había oído: en cuanto el reloj daba las doce, sentía inmediatamente el rumor de la silla que se movía y el lento paso de su padre. Una noche esperó á que estuviese ya en cama, se vistió sin hacer ruido, anduvo á tientas por el cuarto, encendió el quinqué de petróleo, se sentó en la mesa del despacho, donde había un montón de fajas blancas y la indicación de las señas de los suscriptores, y empezó á escribir, imitando todo lo que pudo la letra de su padre. Y escribía contento, con gusto, aunque con miedo; las fajas escritas aumentaban, y de vez en cuando dejaba la pluma para frotarse las manos: después continuaba con más alegría, atento el oído y sonriente. Escribió ciento sesenta: ¡cerca de una peseta! Entonces paró; dejó la pluma donde estaba, apagó la luz y se volvió á la cama de puntillas.

Aquel día, á las doce, el padre se sentó á la mesa de buen humor. No había advertido nada. Hacía aquel trabajo mecánicamente, contando las horas, pensando en otra cosa, y no contando las fajas escritas hasta el día siguiente. Sentados á la mesa con buen humor, y poniendo la mano en el hombro de su hijo:—¡Eh, Julio—le dijo—mira qué buen trabajador es tu padre! En dos horas ha trabajado anoche un tercio más de lo que acostumbra. La mano aun está ágil, y los ojos cumplen todavía con su deber.—Julio, contento, mudo, decía entre sí: — ¡Pobre padre! Además de la ganancia, le he proporcionado también esta satisfacción: la de creerse rejuvenecido. ¡Animo, pues!

Alentado con el éxito, la noche siguiente, en cuanto dieron las doce, se levantó otra vez y se puso á trabajar. Y lo mismo siguió haciendo todas las noches. Su padre seguía también sin advertir nada. Solo una vez, cenando, se le ocurrió esta observación:—¡Es raro: cuánto petróleo se

gasta en esta casa de algún tiempo á esta parte!—Julio se estremeció; pero la conversación no pasó de allí, y el trabajo nocturno siguió adelante.

Lo que ocurrió fue que, interrumpiéndose así el sueño todas las noches, Julio no descansaba bastante; por la mañana se levantaba rendido aún, y por la noche, al estudiar, le costaba trabajo tener los ojos abiertos. Una noche, por la primera vez en su vida, se quedó dormido sobre los apuntes — ¡Vamos, vamos!—le gritó su padre dando una palmada.— ¡Al trabajo!—Se asustó y volvió á ponerse á estudiar. Pero la noche y los días siguientes continuaba la cosa lo mismo, y aun peor: daba cabezadas sobre los libros, se despertaba más tarde de lo acostumbrado; estudiaba las lecciones con violencia, y parecía que le disgustaba el estudio. Su padre empezó á observarlo; después se preocupó de ello y, al fin tuvo que reprenderle. Nunca lo había tenido que hacer por esta causa.—Julio—le dijo una mañana—tú te descuidas mucho, no eres ya el de otras veces. No quiero esto. Todas las esperanzas de la familia se cifraban en ti. Estoy muy descontento. ¿Comprendes?—A este único regaño, el verdaderamente severo que había recibido, el muchacho se turbó.—Sí, cierto—murmuró entre dientes—así no se puede continuar; es menester que el engaño concluya.—Pero la noche de aquel mismo día, en la comida, exclamó con alegría su padre:— ¡Sabed que en este mes he ganado en las fajas treinta y dos pesetas más que en el mes pasado!—Y diciendo esto, sacó á la mesa un cartucho de dulces que había comprado, para celebrar con sus hijos la ganancia extraordinaria, que todos acogieron con júbilo. Entonces Julio cobró ánimo y pensó para sí:— ¡No, pobre padre, no cesaré de engañarte; haré mayores esfuerzos para estudiar mucho de día; pero continuaré trabajando de noche para ti y para todos los demás.—Y aña-

dió el padre:—¡Treinta y dos pesetas!.....Estoy contento.....Pero hay otra cosa—y señaló á Julio—que me disgusta.—Y Julio recibió la reconven-
ción en silencio, conteniendo dos lágrimas que que-
rían salir, pero sintiendo al mismo tiempo en el
corazón cierta dulzura. Y siguió trabajando con
ahinco; pero acumulándose un trabajo á otro, le
era cada vez más difícil resistir. La cosa duró así
dos meses. El padre continuaba reprendiendo al
muchacho, y mirándole cada vez más enojado. Un
día fue á preguntar por él al maestro, y éste le di-
jo:—Sí, cumple, porque tiene buena inteligencia;
pero no está tan aplicado como antes. Se duerme,
bosteza, está distraído, sus apuntes los hace cor-
tos, de prisa, con mala letra. Él podría hacer
más, pero mucho más.—Aquella noche el padre lla-
mó al hijo aparte y le hizo reconvenciones más se-
veras que las que hasta entonces le había hecho.—
Julio, tú ves que yo trabajo, que yo gasto mi vida
por la familia. Tú no me secundas, tú no tienes
lástima de mí, ni de tus hermanos, ni aun de tu
madre.—¡Ah, no, no diga usted eso, padre mío!—
gritó el hijo ahogado en llanto, y abrió la boca
para confesarlo todo. Pero su padre le interrumpió,
diciendo:—Tú no conoces las condiciones de la
familia: sabes que hay necesidad de hacer mucho,
de sacrificarnos todos. Yo mismo debía doblar
mi trabajo. Yo contaba estos meses últimos con
una gratificación de cien pesetas en el ferrocarril,
y he sabido esta mañana que ya no la tendré.—An-
te esta noticia, Julio retuvo en seguida la confe-
sión que estaba para escaparse de sus labios, y se
dijo resueltamente á sí mismo:—No, padre mío, no
te diré nada; guardaré el secreto para poder tra-
bajar por ti; del dolor que te causo te compenso de
este modo; en la escuela estudiaré siempre lo bas-
tante para salir del paso; lo que importa es ayu-
dar para ganar la vida y aligerarte de la ocupa-

ción que te mata.—Siguió adelante, transcurrieron otros dos meses de tarea nocturna y de pereza de día, de esfuerzos desesperados del hijo y de amargas reflexiones del padre. Pero lo peor era que éste se iba enfriando poco á poco con el niño, y no le hablaba sino raras veces, como si fuera un hijo desnaturalizado del que nada hubiese que esperar, y casi huía de encontrar su mirada. Julio lo advertía, sufría en silencio, y cuando su padre volvía la espalda, le mandaba un beso furtivamente, volviendo la cara con sentimiento de ternura compasiva y triste; mientras tanto el dolor y la fatiga lo demacraban y le hacían perder el color, obligándole á descuidarse cada vez más en sus estudios. Comprendía perfectamente que todo concluiría en un momento, la noche que dijera:—Hoy no me levanto;—pero al dar las doce, en el instante en que debía confirmar enérgicamente su propósito, sentía remordimiento, le parecía que, quedándose en la cama, faltaba á su deber, que robaba una peseta á su padre y á su familia; y se levantaba pensando que cualquier noche que su padre se despertara y lo sorprendiera, ó que por casualidad se enterara contando las fajas dos veces, entonces terminaría naturalmente todo, sin un acto de su voluntad, para el cual no se sentía con ánimos. Y así continuó la cosa.

Pero una tarde, en la comida, el padre pronunciaba una palabra que fue decisiva para él. Su madre lo miró, y pareciéndole que estaba más echado á perder y más pálido que de costumbre, le dijo:—Julio, tú estás malo.—Y después, volviéndose con ansiedad al padre:—Julio está malo: ¡mira qué pálido está!—Julio mío, ¿qué tienes? — El padre le miró de reojo, y dijo: — La mala conciencia hace que tenga mala salud. No estaba así cuando era estudiante aplicado é hijo cariñoso. — ¡Pero está

malo!—exclamó la mamá.—¡Ya no me importa!—respondió el padre.

Aquella palabra le hizo el efecto de una puñalada en el corazón al pobre muchacho. ¡Ah! Ya no le importaba su salud á su padre, que en otro tiempo temblaba de oírlo toser solamente. Ya no le quería, pues: había muerto en el corazón de su padre.—¡Ah, no, padre mío!—dijo entre sí con el corazón angustiado—; ahora acaba esto de veras; no puedo vivir sin tu cariño, lo quiero todo; todo te lo diré, no te engañaré más y estudiaré como antes, suceda lo que suceda, para que tú vuelvas á quererme, padre mío. ¡Oh, estoy decidido en mi resolución!

Sin embargo, aquella noche se levantó todavía, más bien por fuerza de la costumbre que por otra causa, y cuando se levantó quiso ir á saludar, á volver á ver por algunos minutos, en el silencio de la noche, por última vez, aquel cuarto donde había trabajado tanto secretamente, con el corazón lleno de satisfacción y de ternura. Y cuando se volvió á encontrar en la mesa con la luz encendida, y vio aquellas fajas blancas sobre las cuales no iba ya á escribir más aquellos nombres de ciudades y de personas que se sabía de memoria, le entró una gran tristeza é involuntariamente cogió la pluma para reanudar el trabajo acostumbrado. Pero al extender la mano tocó un libro, y éste se cayó. Se quedó helado. Si su padre se despertaba..... cierto que no le habría sorprendido cometiendo ninguna mala acción, y que él mismo había decidido contárselo todo; sin embargo... el oír acercarse aquellos pasos en la obscuridad, el ser sorprendido á aquella hora con aquel silencio, el que su madre se hubiese despertado y asustado, el pensar que por lo pronto su padre hubiera experimentado una humillación en su presencia descubriéndolo todo..... Todo esto casi le aterraba.

Aguzó el oído, suspendiendo la respiración.....No oyó nada. Escuchó por la cerradura de la puerta que tenía detrás: nada. Toda la casa dormía. Su padre no había oído. Se tranquilizó y volvió á escribir. Las fajas se amontonaban unas sobre otras. Oyó el paso cadencioso de la guardia municipal en la desierta calle; luego, ruido de carruajes, que cesó al cabo de un rato; después, pasado algún tiempo, el rumor de una fila de carros que pasaron lentamente; más tarde, silencio profundo, interrumpido de vez en cuando por el ladrido de algún perro. Y siguió escribiendo. Entre tanto su padre estaba detrás de él; se había levantado cuando se cayó el libro, y esperó buen rato; el ruido de los carros había cubierto el rumor de sus pasos y el ligero chirrido de las hojas de la puerta, y estaba allí, con su blanca cabeza sobre la negra cabecita de Julio. Había visto correr la pluma sobre las fajas, y en un momento todo lo había olvidado: lo había recordado y comprendido todo, y un arrepentimiento desesperado, una ternura inmensa había invadido su alma, y lo tenía clavado allí, detrás de su hijo. De repente dio Julio un grito agudísimo; dos brazos convulsos le habían cogido por la cabeza.—¡Oh, padre mío, perdóname!—gritó, reconociendo á su padre llorando.—¡Perdóname tú á mí!—respondió el padre sollozando y cubriendo su frente de losos —Lo he comprendido todo, todo lo sé; yo soy quien te pido perdón, santa criatura mía. ¡Vén, vén conmigo!—Y le empujó, más bien que lo llevó, á la cama de su madre, despierta, y arrojándolo entre sus brazos, le dijo:—¡Besa á nuestro hijo, á este ángel, que desde hace tres meses no duerme y trabaja por mí, y yo he contristado su corazón mientras él nos ganaba el pan!—La madre lo recogió y apretó contra su pecho, sin poder articular una palabra; después dijo:—A dormir en seguida, hijo mío; vé á dormir y

á descansar. ¡Llévalo á la cama!.....—El padre le cogió en brazos, lo llevó á su cuarto, lo metió en la cama, siempre jadeante y acariciándolo, y le arregló las almohadas y la colcha —Gracias, padre—repetía el hijo—gracias; pero ahora vete tú á la cama; ya estoy contento; vete á la cama, papá.—Pero su padre quería verlo dormido, y sentado á la cabecera de su cama, le tomó la mano y dijo:—¡Duerme, duerme, hijo mío!—Y Julio, rendido, se durmió por fin, y durmió muchas horas, gozando por primera vez, después de muchos meses, de un sueño tranquilo, alegrado por riéntes ensueños; y cuando abrió los ojos, después de un buen rato de alumbrar ya el sol, sintió primero y vio después cerca de su pecho, apoyada sobre la orilla de la cama, la blanca cabeza de su padre, que había pasado así la noche y dormía aún, con la frente reclinada al lado de su corazón.

EL TAMBORCILLO SARDO

En la primera jornada de la batalla de Custozza, el 24 de Julio de 1848, sesenta números de un regimiento de infantería de nuestro ejército, enviados á una altura para ocupar cierta casa solitaria, se vieron de repente asaltados por dos compañías de soldados austriacos que, atacándoles por varios lados, apenas les dieron tiempo de refugiarse en la morada y reforzar precipitadamente la puerta, después de haber dejado algunos muertos y heridos en el campo. Asegurada la puerta, los nuestros acudieron á las ventanas del piso bajo y del primer piso y empezaron á hacer certero fuego sobre los sitiadores, los cuales, acercándose poco á poco, colocados en forma de semicírculo, respondían vigorosamente. Mandaban los sesenta soldados italianos dos oficiales subalternos y un

capitán viejo, alto, seco, severo, con el pelo y el bigote blancos; estaba con ellos un tamborcillo sardo, muchacho de poco más de catorce años, que representaba escasamente doce, de cara morena aceitunada, con ojos negros y hundidos, que echaban chispas. El capitán desde una habitación del piso primero, dirigía la defensa, dando órdenes que parecían pistoletazos, sin que se viera en su cara de hierro ningún signo de conmoción. El tamborcillo, un poco pálido, pero firme sobre sus piernas, subido sobre una mesa, alargaba el cuello, agarrándose á las paredes para mirar fuera de las ventanas, y veía á través del humo, por los campos, las blancas divisas de los austriacos, que iban avanzando lentamente. La casa estaba situada en lo alto de escabrosísima pendiente, y no tenía en la parte de la cuesta más que una ventanilla alta, correspondiente á un cuarto del último piso; por eso los austriacos no amenazaban la casa por aquella parte, y en la cuesta no había nadie: el fuego se hacía contra la fachada y los dos flancos.

Pero era un fuego infernal, una nutrida granizada de balas, que por la parte de afuera rompía paredes y despedazaba tejas, y por dentro deshacía techumbres, muebles, puertas, arruinándolo todo, arrojando al aire astillas, nubes de yeso y fragmentos de trastos, de útiles, de cristales, silbando, rebotando, rompiéndolo todo con un fragor que ponía los pelos de punta. De vez en cuando, uno de los soldados que tiraban desde las ventanas caía dentro, al suelo, y era echado á un lado. Algunos iban vacilantes de cuarto en cuarto, apretándose la herida con las manos. En la cocina había ya un muerto con la frente abierta. El cerco de los enemigos se estrechaba. Llegó un momento en que se vio al capitán, hasta entonces impassible, dar muestras de inquietud y salir precipitadamente del cuarto, seguido de un sargento. Al

cabo de tres minutos volvió á la carrera el sargento y llamó al tamborcillo, haciéndole seña de que le siguiese. El muchacho le siguió, subiendo á escape por una escalera de madera, y entró con él en una bihardilla desmantelada, donde vio al capitán que escribía con lápiz en una hoja, apoyándose en la ventanilla y teniendo á sus pies sobre el suelo una cuerda de pozo.

El capitán dobló la hoja y dijo bruscamente, clavando sobre el muchacho sus pupilas grises y frías, ante las cuales todos los soldados temblaban:—¡Tambor!

El tamborcillo se llevó la mano á la visera.

El capitán dijo:—¿Tú tienes valor?

Los ojos del muchacho relampaguearon.

—Sí, mi capitán—respondió.

—Mira allá abajo—dijo el capitán llevándole á la ventana—en el suelo, junto á la casa de Villafraña, donde brillan aquellas bayonetas. Allí están los nuestros inmóviles. Toma este papel, agárrate á la cuerda, baja por la ventanilla, atraviesa á escape la cuenta, corre por los campos, llega á donde están los nuestros, y da el papel al primer oficial que veas. Quítate el cinturón y la mochila.

El tambor se quitó el cinturón y la mochila, y se colocó el papel en el bolsillo del pecho; el sargento echó afuera la cuerda y agarró con las dos manos uno de los extremos: el capitán ayudó al muchacho á saltar por la ventana, vuelto de espaldas al campo.

—Ten cuidado—le dijo—; la salvación del destacamento está en tu valor y en tus piernas.

—Confíe usted en mí, capitán—dijo el tambor saliéndose fuera.

—Agáchate al bajar—dijo aún el capitán, agarrando la cuerda á la vez que el sargento.

—No tenga usted cuidado.

—Dios te ayude.

A los pocos momentos el tamborcillo estaba en el suelo; el sargento tiró de la cuerda para arriba, y desapareció; el capitán se asomó precipitadamente á la ventanilla, y vio al muchacho que corría por la cuesta abajo.

Esperaba ya que hubiese conseguido huír sin ser observado, cuando cinco ó seis nubecillas de polvo que se destacaron del suelo, delante y detrás del muchacho, le advirtieron que había sido descubierto por los austriacos, los cuales tiraban hacia abajo, desde lo alto de la cuesta. Aquellas pequeñas nubes eran de tierra echada al aire por las balas. Pero el tambor seguía corriendo precipitadamente. Al cabo de un rato, exclamó consternado: —¡Muerto!—Pero no había acabado de decir la palabra cuando vio levantarse al tamborcillo.—¡Ah, no ha sido más que una caída!—dijo para sí, y respiró. El tambor, en efecto, volvió á correr con todas sus fuerzas, pero cojeaba.—Se ha torcido un pie—pensó el capitán. Alguna nubecilla de polvo se levantaba aquí y allá, en torno del muchacho, pero siempre más lejos. Estaba salvo. El capitán lanzó una exclamación de triunfo. Pero siguió acompañándolo con los ojos, temblando, porque era cuestión de minutos. Si no llegaba pronto abajo con la esquila en que pedía inmediato socorro, todos sus soldados caían muertos, ó tenía que rendirse y caer prisionero con ellos. El muchacho corría rápidamente un rato; después detenía el paso cojeando; tomaba carrera luego de nuevo, pero á cada instante necesitaba detenerse.—Quizá ha sido una contusión en el pie por una bala—pensó el capitán. Y reparaba temblando todos sus movimientos; y excitado, le hablaba como si pudiese oírlo. Medía incesantemente con la vista el espacio que mediaba entre el muchacho que corría y el círculo de armas que veía allá lejos, en la llanura, en medio de los campos de trigo, dorados por el

sol. Entretanto oía el silbido y el estruendo de las balas en las habitaciones de abajo, las voces de mando y los gritos de rabia de los oficiales y sargentos; los agudos lamentos de los heridos, y el ruido de los muebles que se rompían y del yeso que se desmoronaba.—¡Animo!—¡Valor!—gritaba, siguiendo con la mirada al tamborcillo que se alejaba.—¡Adelante! ¡Corre! ¡Se para!.....¡Maldición! ¡Ah, vuelve á emprender la marcha!—Un oficial sube anhelante á decirle que los enemigos, sin interrumpir el fuego, ondean un pañuelo blanco para intimar la rendición.—¡Que no se responda—gritó el capitán, sin apartar la mirada del muchacho, que estaba ya en la llanura, pero que no corría ya, y parecía que desalentaba al llegar.—¡Anda! ... ¡Corre!.....—decía el capitán apretando los dientes y los puños:—desángrate, muere, desgraciado, pero llega.—Después lanzó una imprecación horrible.—¡Ah! El infame holgazán se ha sentado.—El muchacho, en efecto, que hasta entonces se le había visto sobresalir la cabeza por cima de un campo de trigo, se había perdido de vista, como si se hubiese caído. Pero al cabo de un momento, su cabeza volvió á verse fuera: al fin se perdió detrás de los sembrados, y el capitán ya no lo vio más.

Entonces bajó impetuosamente: las balas llovían; los cuartos estaban llenos de heridos, algunos de los cuales daban vueltas como borrachos, agarrándose á los muebles; las paredes y el suelo estaban teñidos de sangre; los cadáveres yacían en los umbrales de las puertas; el teniente tenía el brazo derecho destrozado por una bala; el humo y la pólvora lo envolvían todo.

—¡Animo!—gritó el capitán — ¡Firmes en sus puestos! ¡Van á venir socorros! ¡Un poco de valor aún!—Los austriacos se habían acercado más; se veían ya entre el humo sus caras descompuestas; se oía, entre el estrépito de los tiros, su grito

ría salvaje, que insultaba, intimidaba la rendición y amenazaba con el degüello. Algún soldado, aterrado, se retiraba detrás de las ventanas, y los sargentos lo empujaban hacia adelante.

Pero el fuego de los sitiados aflojaba, el desaliento se veía en todos los rostros; no era ya posible llevar más allá la resistencia. Llegó un momento en que el ataque de los austriacos se hizo más sensible, y una voz de trueno gritó, primero en alemán, en italiano después:—¡Rendíos!—¡No!—gritó el capitán desde una ventana. Y el fuego volvió á empezar más rabioso por ambas partes. Cayeron otros soldados. Ya había más de una ventana sin defensores. El momento fatal era inminente. El capitán gritaba con voz que se le ahogaba en la garganta:—¡No vienen! ¡No vienen!—Y corría furioso de un lado á otro, arqueando el sable con su mano convulsa, resuelto á morir. Entonces un sargento, bajando de la buhardilla, gritó con voz estentórea:—¡Ya llegan!—¡Ya llegan!—repetió con un grito de alegría el capitán. Al oír aquellos gritos, todos, sanos, heridos, sargentos, oficiales, se asomaron á las ventanas, y la resistencia se redobló ferozmente otra vez. De allí á pocos instantes se notó una especie de vacilación y un principio de desorden entre los enemigos. De pronto, muy de prisa, el capitán reunió algunos soldados en el piso bajo para contener el ímpetu de fuera, con bayoneta calada. Después volvió arriba. Apenas llegó, oyó un rumor de pasos precipitados, acompañado de un ¡hurra! formidable, y vieron desde las ventanas avanzar entre el humo los sombreros apuntados de los carabineros italianos, un escuadrón á escape tendido, y un brillante centelleo de espadas que hendían el aire, en molinete por encima de las cabezas, sobre los hombros y encima de las espaldas; entonces el pequeño piquete reunido por el capitán salió á bayoneta ca-

lada fuera de la puerta. Los enemigos vacilaron, se revolvieron, y al fin emprendieron la retirada: el terreno quedó desocupado, la casa estuvo libre, y poco después dos batallones de infantería italiana y dos cañones ocuparon la altura.

El capitán, con los soldados que le quedaron, se incorporó á su regimiento, peleó aún, y fue ligeramente herido en la mano izquierda de una bala rebotada en el último ataque á la bayoneta. La jornada acabó con la victoria de los nuestros.

Pero al día siguiente, habiendo vuelto á combatir, los italianos fueron vencidos á pesar de su valerosa resistencia, por mayor número de austriacos, y la mañana del 26 tuvieron tristemente que retirarse hacia el Mincio.

El capitán aunque herido, anduvo á pie con sus soldados, cansados y silenciosos, y llegaban al ponerse el sol á Goito, sobre el Mincio; buscó en seguida á su teniente, que habría sido recogido con el brazo roto por nuestra *ambulancia*, y debía haber llegado allí antes que él. Le indicaron una iglesia donde se había instalado precipitadamente el hospital de campaña. Se fue allí; la iglesia estaba llena de heridos colocados en dos filas de camas y de colchones extendidos sobre el suelo; dos médicos y varios practicantes iban y venían afanados, y oíanse gritos ahogados y gemidos.

Apenas entró el capitán, se detuvo y dirigió una mirada á su alrededor en busca de su oficial.

En aquel momento se oyó llamar por una voz apagada muy próxima:—¡Mi capitán!

Se volvió: era el tamborcillo.

Estaba tendido sobre un catre de madera, cubierto hasta el pecho por una tosca cortina de ventana de cuadros roja y blancos, con los brazos fuera, pálido y demacrado, pero siempre con sus ojos brillantes como dos ascuas.

—¡Cómo! ¿eres tú?—le preguntó el capitán ad-

mirado, pero bruscamente.—¡Bravo; has cumplido con tu deber!

—He hecho lo posible—respondió el tambor.

—¿Estás herido?—dijo el capitán, buscando con la vista á su teniente en las camas próximas.

—¡Qué quiere usted!—dijo el muchacho, á quien daba alientos para hablar la honra de estar herido por vez primera, sin lo cual no hubiera osado abrir la boca ante aquel capitán.—Corrí mucho con la cabeza baja; pero aun agachándome, me vieron en seguida. Hubiera llegado veinte minutos antes si no me alcanzan. Afortunadamente encontré pronto á un capitán de Estado Mayor, á quien di la esquila. Pero me costó gran trabajo bajar, después de aquella caricia. Me moría de sed; temía no llegar ya; lloraba de rabia, pensando que cada minuto que tardaba se iba uno al otro mundo allá arriba. Pero, en fin, he hecho lo que he podido. Estoy contento. ¡Pero mire usted—y dispense, mi capitán—que pierde usted sangre!

En efecto: de la palma de la mano, mal vendada, del capitán, corría alguna gota de sangre.

—¿Quiere usted que le apriete la venda, mi capitán? Déme un momento.

El capitán dio la mano izquierda, y alargó la derecha para ayudar al muchacho á hacer el nudo y atarlo; pero el chico apenas se alzó de la almohada palideció, y tuvo que volver á apoyar la cabeza.

—¡Basta, basta!—dijo el capitán, mirándolo y retirando la mano vendada que el tambor quería retener.—Cuida de lo tuyo en vez de pensar en los demás, que las cosas ligeras, descuidándolas, pueden hacerse graves.

El tamborcillo movió la cabeza.

—Pero tú—le dijo el capitán mirándole atentamente—debes haber perdido mucha sangre para estar tan débil.

—¿Perdido mucha sangre?—respondió el muchacho sonriendo.—Algo más que sangre. ¡Mire! —Y se echó abajo la colcha.

El capitán se echó atrás horrorizado.

El muchacho no tenía más que una pierna; la pierna izquierda se la habían amputado por cima de la rodilla: el muñón estaba vendada con paños ensangrentados.

En aquel momento pasó un médico militar, pequeño y gordo, en mangas de camisa.

—¡Ah, mi capitán!—dijo rápidamente señalando al tamborcillo—hé aquí un caso desgraciado: esa pierna se habría salvado con nada, si él no la hubiese forzado de aquella mala manera: ¡maldita inflamación! fue necesario cortar así. Pero es un valiente, se lo aseguro; no ha derramado una lágrima, ni se le ha oído un grito. Estaba yo orgulloso, al operarlo, de que fuese un muchacho italiano: palabra de honor. Es de buena raza, á fé mía.

Y siguió su camino.

El capitán arrugó sus grandes cejas blancas, y miró fijamente al tamborcillo, subiéndole la colcha; después, lentamente, casi sin darse cuenta de ello, y mirándole siempre, levantó la mano hasta la cabeza y se quitó el kepis.

—¡Mi capitán!—exclamó el muchacho admirado.—¿Qué hace, mi capitán? ¡Por mí!

Y entonces aquel tosco soldado, que no había dicho nunca una palabra suave á un inferior suyo, respondió con voz dulce y extremadamente cariñosa:—Yo no soy más que un capitán; tú eres un héroe.

Después se arrojó con los brazos abiertos sobre el tamborcillo, y le besó cariñosamente con todo su corazón.



EL ENFERMERO DEL CHACHO

En la mañana de cierto día lluvioso de Marzo, un muchacho vestido de campesino, calado de agua y lleno de fango, con un envoltorio de ropa bajo el brazo, se presentaba al portero del Hospital Mayor de Nápoles, á preguntar por su padre, con una carta en la mano. Tenía hermosa cara ovalada de color moreno pálido, ojos apesadumbrados y gruesos labios entreabiertos, que dejaban ver sus blanquísimos dientes. Venía de un pueblo de los alrededores de la ciudad. Su padre, que había salido de casa el año anterior, para ir en busca de trabajo á Francia, había vuelto á Italia y desembarcado hacía pocos días en Nápoles, donde enfermó tan repentinamente, que apenas si tuvo tiempo de escribir cuatro palabras á su familia para anunciarles su llegada y decirles que estaba en el hospital. Su mujer, desolada al recibir la noticia, no pudiendo moverse de casa porque tenía una niña enferma y otra de pecho, había mandado al hijo mayor, con algunos cuantos para asistir á su padre, á su *chacho*, como solía llamarle.

El muchacho había andado diez millas de camino.

El portero, ojeando la carta, llamó á un enfermero para que llevase al muchacho donde estaba su padre.

—¿Qué padre?—preguntó el enfermero.

El muchacho, temblando por temor á una triste noticia, dijo el nombre.

El enfermero no recordaba tal nombre.

—¿Un viejo trabajador que ha llegado de fuera?—preguntó.

—Trabajador, sí—respondió el muchacho, cada vez más ansioso—pero no muy viejo. Sí: que ha venido de fuera.

—¿Cuándo entró en el hospital?—preguntó el enfermero.

El muchacho mirando á la carta:—Hace cinco días creo.

El enfermero se quedó pensando un momento; luego, como recordando de pronto:—¡Ah!—dijo—la sala cuarta, la cama que está en el fondo.

—¿Está muy malo? ¿Cómo está?—preguntó ansiosamente el niño.

El enfermero lo miró, sin responder. Luego dijo:—Vén conmigo.

Subieron dos tramos de escalera, dirigiéndose al fondo de ancho corredor, hasta encontrarse frente á la puerta abierta de un salón con dos largas filas de camas.—Vén—repitió el enfermero entrando. El muchacho se armó de valor y le siguió, echando miradas medrosas á derecha é izquierda sobre los semblantes blancos y consumidos de los enfermos, algunos de los cuales tenían los ojos cerrados y parecían muertos; otros miraban al espacio con ojos grandes y fijos, como espantados. Algunos gemían como niños. El salón estaba obscuro; el aire impregnado de penetrante olor de medicamentos. Los Hermanas de Caridad iban de uno á otro lado con frascos en la mano.

Habiendo llegado al fondo de la sala, el enfermero se detuvo á la cabecera de una cama, abrió las cortinillas y dijo:—Ahí tienes á tu padre.

El muchacho rompió á llorar, y dejando caer la ropa que traía bajo el brazo, abandonó la cabeza sobre el hombro del enfermo, cogiéndole con su mano el brazo que tenía extendido inmóvil sobre la colcha. El enfermo no hizo movimiento alguno.

El muchacho se irguió, miró otra vez á su padre, y rompió á llorar de nuevo. El enfermo le dirigió una larga mirada, y pareció reconocerlo. Pero sus labios no se movieron, ¡Pobre *chacho*, qué

cambiado estaba! El hijo no lo había reconocido. Tenía blancos los cabellos, crecida la barba, la cara hinchada, de color rojo encendido, con la piel tersa y reluciente, los ojos muy chiquitos, los labios gruesos, toda la fisonomía alterada: no conservaba suyo más que la frente y el arco de las cejas. Respiraba angustiosamente.

—¡Chacho, chacho mío! —dijo el muchacho.— Soy yo, ¿no me reconoces? Soy Cecilio, tu Cecilio que ha venido del pueblo, enviado por mi madre. Mírame bien: ¿no me reconoces? Dime una palabra siquiera.

Pero el enfermo, después de mirarle atentamente, cerró los ojos.

—¡Chaco! ¡Chacho! ¿Qué tienes? Soy tu hijo, tu Cecilio.

El enfermo no se movió, y continuó respirando con mucho afán.

Entonces, llorando, tomó el muchacho una silla y se sentó, esperando, sin levantar los ojos de la cara de su padre.—Pasaré algún médico haciendo la visita—pensaba—y me dirá algo.—Sumergido en tristes pensamientos, recordaba tantas cosas de su buen padre el día de la partida, cuando le había dado el último adiós en el barco, las esperanzas que la familia había fundado sobre aquel viaje, la desolación de su madre al recibir la carta; pensó también en la muerte: veía á su padre muerto, á su madre vestida de negro, á la familia toda en la miseria. Así pasó mucho tiempo. Una mano ligera le tocó en el hombro, y se estremeció: era una monja.—¿Qué tiene mi padre?—le preguntó.—¿Es éste tu padre?—dijo dulcemente la hermana.—Sí, es mi padre; acabo de llegar. ¿Qué tiene?—Animo, muchacho—respondió la monja—; ahora vendrá el médico.—Y se alejó sin decir más.

Al cabo de media hora se oyó el toque de una campanilla y vio que por el fondo del salón entra-

ba el médico, acompañado de un practicante; la monja y un enfermero le seguían. Comenzó la visita, deteniéndose en todas las camas. Tanta espera le parecía eterna al pobre niño, y á cada paso que daba el médico crecía su ansiedad. Llegó, finalmente, al lecho inmediato. El médico era un viejo alto y encorvado, de fisonomía grave. Antes de separarse de la cama inmediata el muchacho se puso en pie, y cuando se le acercó, rompió á llorar.

El médico le miró.

—Es hijo del enfermo—dijo la hermana de la Caridad—y ha llegado esta mañana del pueblo.

El médico apoyó la mano sobre el hombro del muchacho, se inclinó sobre el enfermo, le tomó el pulso, le tocó la frente, é hizo alguna pregunta á la hermana, la cual respondió:—Nada nuevo.—Que-
dó algo pensativo, y luego dijo:—Continuad como antes.

El chico tuvo valor para preguntar con voz lacrimosa:—¿Qué tiene mi padre?

—Tén valor, muchacho—respondió el médico. poniéndole nuevamente la mano en el hombro.—Tiene una erisipela facial. Es grave, pero todavía hay esperanza. Asístele. Tu presencia le puede hacer bien.

—¡Pero si no me reconocel—exclamó el niño lleno de desolación.

—Te reconocerá mañana.....quizás. Debemos esperarlo así; ten ánimos.

El muchacho hubiera querido preguntar más cosas, pero no se atrevió. El médico siguió adelante, y el niño comenzó la vida de enfermero. No pudiendo hacer otra cosa, arreglaba las ropas de la cama, tocaba la mano al enfermo, le espantaba los mosquitos, se inclinaba hacia él siempre que le oía gemir, y cuando la hermana le traía de beber, le quitaba el vaso y la cucharilla para dárselo con

su propia mano. El enfermo lo miraba alguna que otra vez, pero sin dar señales de haberlo reconocido. Sin embargo, su mirada se fijaba por más tiempo, sobre todo cuando el niño se limpiaba los ojos con el pañuelo. Así pasó el primer día. Aquella noche el muchacho durmió sobre dos sillas, en un ángulo del salón, y á la mañana volvió á emprender su piadoso trabajo. Al segundo día se notó que los ojos del enfermo revelaron un principio de conciencia. La cariñosa voz del niño parecía que hacía brillar por el momento vaga expresión de gratitud en sus pupilas, y en cierta ocasión movió algo los labios, como si quisiera decir algo. Después de cada período de soñolencia, abriendo mucho los ojos, buscaba á su enfermero. El médico le había visto dos veces, y notó alguna mejoría. Hacia la tarde, al acercarle el vaso á la boca, creyó el chico que una ligerísima sonrisa se había deslizado por sus labios hinchados. Comenzó con esto á reanimarse y á tener alguna esperanza; así que, creyendo que si le podría entender, á lo menos confusamente, le hablaba de su madre, de las hermanas pequeñas, de la vuelta á su casa, y le exhortaba para que tuviera valor, con palabras llenas de cariño. Aun cuando á menudo dudase de ser comprendido, sin embargo, seguía hablando, porque creía que el enfermo escuchaba con placer su voz y la entonación desusada de afecto y tristeza de sus palabras. De esta manera pasó el segundo día, y el tercero, y el cuarto, en alternativa continua de ligeras mejorías y de retrocesos imprevistos. El muchacho, absorbido por entero en los cuidados de su padre, y sin tomar más alimento que algunos bocados de pan y queso, que dos veces al día le daba la hermana de la Caridad, no advertía casi lo que á su alrededor pasaba; los enfermos moribundos, las hermanas, que acudían precipitadamente por la noche, los llantos y de-

mostraciones de desolación de los visitantes que salían sin esperanza, todas las escenas lúgubres y dolorosas de la vida de hospital, que en cualquiera otra ocasión le habrían aturdido y horrorizado. Las horas, los días pasaban, y él siempre firme al lado de su *chacho*, atento, ansioso, conmovido por los suspiros y las miradas, agitado continuamente entre una esperanza que le ensanchaba el alma y un desaliento que le helaba el corazón.

El quinto día el enfermo se puso peor de repente.

El médico movió la cabeza como diciendo que era cuestión concluída, y el muchacho se abandonó sobre una silla rompiendo á sollozar. Sin embargo, le consolaba una cosa. A pesar de empeorar, le parecía á él que el enfermo iba poco á poco adquiriendo un poco de discernimiento. Miraba al muchacho cada vez con más fijeza y con expresión creciente de dulzura; no quería tomar bebida alguna, ni medicina sino de su mano, y hacía con más frecuencia aquel movimiento forzado de los labios, como si quisiera pronunciar alguna palabra, y lo hacía tan marcado á veces, que el niño le sujetaba el brazo con violencia, animado por repentina esperanza, y le decía con acento casi de alegría:—¡Ánimo, ánimo, *chacho*, te curarás, nos iremos de aquí, volverás á casa de mi madre: todavía hace falta algo más de valor!

Eran las cuatro de la tarde, momento en el cual el muchacho se había abandonado á uno de aquellos transportes de ternura y de esperanza, cuando por la puerta vecina del salón oyó ruido de pasos y luego una fuerte voz, tres palabras solamente:—¡Hasta luego, hermana!—que le hicieron saltar de la silla, dejando escapar una exclamación que se ahogó en su garganta.

En el mismo momento entró en la sala un hombre con un gran lío en la mano, seguido de una hermana.

- 26°. 27°. y 28°. "VVerther", por Goethe.
 29°. "San José", por Alejandro Dumas; "La novia del tigre", por F. R. Stockton; "Ódio de mujer", por Luis Ulbach.
 30°. "Artículos y Biografías", por Pedro Ortiz.
 TOMO IV.
 31°. y 32°. "Poesías" de Rubén Darío.
 33°. "Estudios críticos", por Juan Bertis.
 34°. "Manfredo" por Lord Byron.
 35°. "Manfredo (conclusión) y Peregrinación de Childe Harold (fragmento)," por Lord Byron.
 36°. "Biografía de Homero," por Lamartine.
 Siempre lectura SANA y selecta.

Joyería "LA ESMERALDA"

ADEMAS del rico, variado y sin rival surtido de JOYAS de toda clase, hay en este acreditado establecimiento PERFUMERÍA exquisita; **Artículos de fantasía y sombreros de junco** y de todas clases.

35

LA VENTA SE HACE POR MAYOR Y MENOR

ALMACÉN DE NOVEDADES "La Dalia"

En todos los vapores recibe
 el establecimiento **infinidad de mercaderías**

PARA RENOVAR LOS COLOSALES SURTIDOS

UY BARATO Y NUEVO

RODRIGUEZ Y FORNS

9

San Salvador. Plaza de Armas.

MMARTIN BARSANTI y Cia.—San Salvador, C. A.
 Grandes talleres de Marmolería.

Casa principal en Pietrasanta (Italia.)

17

Sociedad para asuntos Judiciales

En esta fecha ha abierto su oficina en la casa número 43 — 8a. calle Oriente y 10ª Avenida Norte, junto al Establecimiento Hidroterápico, la sociedad que para ocuparse de toda clase de **ASUNTOS JUDICIALES Y ADMINISTRATIVOS.** han formado los infrascritos.

J. B. Navarro

Daniel Rosales

Alfredo Contreras

San Salvador, marzo 16 de 1898

34

Biblioteca Económica

Francisco A. Gamboa, EDITOR.
SAN SALVADOR, C. A.

Edición de 2,000 ejemplares.

Colección de los mejores autores nacionales y
extranjeros. Se publican 3 volúmenes
por mes. Valor de cada volumen,

UN REAL (\$0.12½ centavos)

EXTENSA CLIENTELA DE ANUNCIADORES

La serie de 10 volúmenes, encuadrada, vale DOS PESOS plata y se remite libre de porte á cualquier lugar de Centro América, ó del exterior, con veinte billetes de entrada á la rifa de veinte pesos en efectivo.

No se atienden los pedidos que no sean pagados anticipadamente.

La BIBLIOTECA ECONÓMICA se vende en San Salvador en todas las librerías, en el almacén de Arciniegas, en las peluquerías "El Comercio" y "Venecia" y en casa del editor.

Anticípese un peso por suscripción á 8 números y el recibo se acompañará de DIEZ BILLETES DE ENTRADA á la rifa de \$20.

Las personas de esta ciudad que deseen suscribirse pagando número por número (de real en real), se servirán avisarlo al Editor, quien les mandará las entregas á domicilio, con su respectivo billete de entrada á la rifa de veinte pesos.

OFICINA COMERCIAL

—AGENCIAS Y COMISIONES—

Santa Ana, (El Salvador)

JOSÉ LEÓN LEIVA.

Agente de la "Biblioteca Económica", del "Diario del Salvador" de "El Siglo XX" y de los principales diarios de Centro América